

De la Educación a la Moral

Saray Ferrer Gigante¹

Dirección postal:

C/ La Bolea Nº 4, C. P. 13320

Villanueva de los Infantes, Ciudad Real

Dirección de correo electrónico:

amostuke_stupendo@hotmail.com

Resumen

Los ciudadanos deben tener una capacidad crítica mínima, para tomar decisiones coherentes y enfocadas al bienestar común, no sólo a unos intereses propios o infundados. Para ello la educación es el requisito básico.

Se ha de sacrificar en cierto grado la libertad en aras de una situación más deseable. Si la base educacional es buena, se entiende bien qué es la libertad y, lejos de considerar una situación así, en la que cada persona siente el deber moral de ejercer su derecho al voto e interesarse por la política para que la ética se institucionalice en el Estado, se sentirá plenamente libre, sin coacción de ningún tipo. Estoy refiriendo a un sentido de libertad al estilo kantiano. Si cada persona es educada realmente, tarde o temprano sentirá el deber moral, fundado en unos mínimos objetivos básicos, para orientar su acción ética, en base a esos mínimos, y de manera totalmente libre, cumpliendo un deber desde su autonomía racional.

Tales individuos son los que llegarían a vivir en un Estado de justicia social, en un estado de democracia real, una democracia efectiva en la que la política no fuese corruptible pues, regida por una ética y orientada la situación desde la ética política a la ética social, sería perfecta.

Se necesita un cambio desde los cimientos, desde la educación. Fundamento básico de todo ser humano, para su ser y para su acción.

La moral individual puede ser fundamento de una moral social, aunque insuficiente. La moral política sí basta para fundamentar una moral social, *in-yectando* el germen de la necesidad ético-política en los individuos y en la sociedad. Es una necesidad tan humana relegada a un segundo plano y que ha de ser traída a primera línea de juego gracias a una reconsideración de en qué consiste la verdadera educación.

Palabras clave:

Educación, moral, libertad, deber moral, autonomía de la voluntad, necesidad, capacidad crítica, ser humano, persona, ética.

¹Nota biográfica: Saray Ferrer Gigante (10/4/1989). Natural de Villanueva de los Infantes, Ciudad Real, donde cursé mis estudios de primaria, secundaria y música. Licenciada en Filosofía por la Universidad de Granada, promoción 2007-2012. La decisión de estudiar esta titulación fue, y sigue siendo, totalmente vocacional y con el fin de ejercer la docencia impartiendo clases de Filosofía y /o Ética en secundaria.

También conocedora de la religión, de música a nivel elemental de piano y con alguna experiencia en el mundo del teatro. Organizadora y animadora del *Primer Café Filosófico de Villanueva de los Infantes*, en el verano de 2012, como actividad semanal y miembro de la *Orden Literaria Francisco de Quevedo*, de Villanueva de los Infantes, Ciudad Real. Actualmente, en 2013, parada, estudiante de Inglés y en *modum transire*

Índice

Introducción.....	3
Situación actual y presente.....	4
<i>Ética de la alteridad</i>	6
Capacidad crítica.....	7
Libertad.....	9
Autonomía racional.....	11
Dignidad.....	13
Creación de una regla <i>sin regla</i>	14
Realidad y cambio.....	16
De la educación a la moral.....	16
Una última reflexión.....	18
Bibliografía utilizada.....	21

*“La pólvora no explota sin estar comprimida;
la cautividad ha reunido en un solo punto mis facultades
y han entrado en contacto en un espacio reducido,
y como no ignoráis, del choque de las nubes resulta la electricidad,
de la electricidad el rayo, y del rayo la luz”.*

Dumas, A. & Maquet, A.
El conde de Montecristo (1844)

Introducción

Este trabajo aborda sobre todo conceptos. Es necesario que así sea porque se precisa que queden lo más claramente expuestos en el sentido en el que se les va a dar uso en estas páginas para que evitar malos entendidos o consideraciones erróneas. Tal es la pretensión debido al tema principal sobre el que giran estos conceptos: la moral enfocada a una actitud y acción éticas por parte del sujeto individual y en sociedad. Por ello se tratará de aclarar en la medida de las posibilidades que la extensión del trabajo ofrece conceptos tales como: capacidad crítica, libertad, autonomía racional o dignidad. Casi siempre desde un punto de vista kantiano, aunque yendo quizás un poco más allá, pues no hay que olvidar que hay siglos de distancia entre su pensamiento y nuestra época, aunque una sospechosa cercanía en lo acertado de muchas de sus palabras. Todo ello con el fin de mostrar qué considero que es la educación y la necesidad de una moralidad en los seres humanos. Siempre desde un punto de vista personal, apoyándome en algunos autores que tratan de alguna manera estas cuestiones en algún momento de sus reflexiones.

Situación actual y presente

Hagamos un pequeño análisis de nuestra situación actual. Somos cada cual una persona. Cada uno de nosotros forma parte de algún grupo de personas, una familia, un grupo de amigos, una institución, una empresa, cualquier tipo de asociación a estos niveles en los que aún podemos llegar a conocernos casi todos los conformantes del grupo. Además, somos de éste o de aquél pueblo, que pertenece a tal o cual provincia, y siendo dicha provincia perteneciente a cualquiera que sea la comunidad autónoma pertinente. Además de eso somos ciudadanos de un país, y seguramente haya conjuntos de países que conformen otro tipo de unidad mayor de diverso tipo, a nivel político, como la Unión Europea por ejemplo, o a nivel geográfico, al hablar de continentes, por ejemplo. Finalmente sólo nos quedaría decir que somos parte de este mundo, somos ciudadanos del mundo, del planeta en que vivimos. Y en aras de contemplar ese mínimo de igualdad que a todos nos engloba, pues todos los seres humanos vistos de este modo compartimos el atributo de ser ciudadanos del mundo, podemos hablar del proceso de la globalización.

*La **globalización** es un proceso económico, tecnológico, social y cultural a gran escala, que consiste en la creciente comunicación e interdependencia entre los distintos países del mundo unificando sus mercados, sociedades y culturas, a través de una serie de transformaciones sociales, económicas y políticas que les dan un carácter global. La globalización es a menudo identificada como un proceso dinámico producido principalmente por las sociedades que viven bajo el capitalismo democrático o la democracia liberal y que han abierto sus puertas a la revolución informática, plegando a un nivel considerable de liberalización y democratización en su cultura política, en su ordenamiento jurídico y económico nacional, y en sus relaciones internacionales.*²

Ahora podemos intentar hacer el mismo ejercicio de análisis en el sentido opuesto para llegar a comprender que aunque todos seamos parte de este gran conjunto que es el mundo globalizado, finalmente, cada persona no es más que eso mismo, una persona.

Digo esto porque tengo la ligera sospecha de que al tomar el análisis en esta dirección el ejercicio se torna un tanto diferente. Actualmente y sobre todo desde Occidente resulta muy sencillo pensar en el primer sentido, en el sentido en el que cada uno formamos parte de un “muchos”. Y sucede también que al pensar así la individualidad de cada uno se disuelve y desaparece en aras de ese conjunto mayor en número de personas.

Si se cambia la dirección, esto es, si se piensa desde todos, o desde el grupo, hacia sus partes últimas, veremos que cada componente es requisito necesario para poder hablar de un conjunto, entidad, asociación, grupo, etc. Esto parece que se está olvidando (qué

² Colaboradores de Wikipedia. *Globalización* [en línea]. Wikipedia, La enciclopedia libre, 2013 [fecha de consulta: 28 de abril del 2013]. Disponible en <<http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Globalizaci%C3%B3n&oldid=66443310>>.

optimista) o que se ha olvidado, como digo, en aras de una especie de argumento “a favor de la mayoría”, sin ver que la mayoría no somos todos y comprobando en algunas ocasiones que esa mayoría es más bien una minoría muy selecta.

Algo ha sucedido procesualmente que está haciendo, o que ha hecho, que se estén cambiando unos valores por otros, que se le dé más importancia a unas cosas que a otras, que cierto ámbito sea casi de repente mejor que otro cierto ámbito. Iré al grano por si alguno no se imagina todavía hacia dónde me dirijo. Actualmente impera una lógica económica y tecno-utilitarista en todos o en casi todos los ámbitos de la vida de cualquier ser humano. Y este hecho, porque es un hecho, invade y condiciona la manera que tenemos las personas (sí, todos los ciudadanos del mundo, o casi todos) de vivir nuestras vidas. Además y como los seres humanos somos seres sociales, la vida de cada uno afecta o repercute, dígalo como lo prefiera, en mayor o menor medida en la vida de las personas colindantes que habitan en nuestra circunstancia o entorno. Y viceversa.

Entonces vienen algunas preguntas: ¿Cómo se ha originado esta lógica, esta manera de entender la vida? ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Para qué?

Se ha originado mediante un proceso histórico que ha preparado el terreno para favorecer las condiciones de nuestra situación actual. Dónde, porqué y para qué son preguntas que creo que tienen la respuesta en la esencia misma del ser humano.

Y es aquí precisamente el momento de la reflexión en el que veo que, siendo cada persona el principio de todas las demás cosas, es ahí donde se deberá buscar alguna respuesta. ¿Cómo podemos definir qué sea un ser humano, una persona? A mi juicio considero que ésta es una de las mejores definiciones que se han dado:

Únicamente por la educación el hombre³ puede llegar a ser hombre. No es, sino lo que la educación le hace ser. Se ha de observar que el hombre no es educado más que por hombres, que igualmente están educados.⁴

Una persona es una persona gracias a la educación, y eso es fundamental para su ser.

Tenemos pues que los seres humanos tenemos en común que somos ciudadanos del mundo y que además, según Kant, llegamos a ser lo que somos mediante la educación. Educación y ciudadanía como requisitos fundamentales que nos definen como personas, más allá del plano físico-biológico, se entiende, y hacia un plano ético y político. ¿Es esto cierto?

³ El texto ha sido extraído de las lecciones sobre pedagogía que Kant impartió en la Universidad de Königsberg, y que recogidas por su discípulo F. T. Rink fueron publicadas con aprobación del mismo Kant en 1803. Por ello se debe entender que con “hombre” actualmente estamos refiriendo al ser humano en general sin distinciones de sexo en este sentido.

⁴ Kant, I.: *Pedagogía (Pädagogik. Herausgegeben von D. Friedrich Theodor Rink)* (1803). Trad. de L. Luzuriaga y J.L. Pascual, Madrid, Akal, 1983. Texto en línea en www.philosophia.cl, *Escuela de Filosofía Universidad ARCIS*, p. 4.

Normalmente se utilizan las palabras ética y política de manera separada y casi como si no tuviesen relación alguna. Ética refiere a un campo y política a otro bien distinto. Pero la realidad señala a que la moralización, la eticidad de la política es algo que debe ser necesario para garantizar un estado de derecho, democrático y de justicia social. La política parece que es un campo muy difícil de asociar con la moral, pues la acción política está orientada a la practicidad y a la sociedad, mientras que la moral siempre se ha pensado como algo exclusivo de cada persona, como algo individual. La moral y la ética personales, además, parece que son algo esencial del ser humano, algo así como una exigencia, independientemente de si se siente o no, y no parece tal en el caso de la política, esto es, que la moral no parece una exigencia para la política. O en otras palabras, parece que no tiene sentido hablar de moral en términos sociales.

Generalmente estas consideraciones generan desinterés y apatía hacia las cuestiones políticas por parte de los individuos sociales, llegando a situaciones de conformismo e indiferencia hacia la acción política, cosa que, como ya se ha visto, puede ser muy peligrosa.

Lo que hace falta entonces es motivación para una implicación en los asuntos de política en particular, y en general, pues la política es sólo uno de los sedimentos de la ontología del ser humano y finalmente pretendo tratar esta cuestión en un sentido más global, en cuestiones que requieren de una praxis ética fundamentada en una moral autónoma por parte de los sujetos racionales, que somos nosotros. Como una auto-obligación. Trataré de explicar esta idea.

*Ética de la alteridad*⁵

El supuesto del liberalismo consiste en la creencia en la armonía que se preestablece a partir de los intereses individuales. Se trataría de un egoísmo racional dirigido hacia un correcto orden social. La teoría del liberalismo sostiene pues que se trata de una adecuación entre las prácticas privadas y el bienestar social. Pero lo cierto es que históricamente la experiencia del liberalismo ha sido más bien contraria a lo deseable para una ética social.

Han de entenderse dos cosas diferentes a la hora de hablar de una ética social. Por un lado estamos refiriendo a una ética de la alteridad, basada en las relaciones interpersonales entre los individuos, a un nivel moral y social, esto es pensando al otro como “otro” que no soy yo. Por otro lado cabe hablar de una ética de la aliedad, fundamentada en las relaciones interpersonales que transcurren en el plano político-social, con un sentido ético, por la que la moralización de la sociedad debe llevarse a cabo de modo personal al mismo tiempo que de modo institucional, esto es, con pretensiones de una institucionalización de la moral hacia un estado de justicia social, pero ahora no es este el objeto de este trabajo.

⁵ López-Aranguren, J. L.: *Ética y política* (1963), Capítulo IX. *Ética de la alteridad*. Editorial Guadarrama, Madrid, 1968. Estas ideas han sido extraídas de este capítulo citado, se ha conservado igual el nombre del capítulo.

La moral de la alteridad tiene por objetivo la moralización de la política desde el plano de la ética personal, esto es, fundamentar la moralización de la política en el sentido social de cada persona. De esta manera tuvo lugar la reflexión política en el siglo de la Ilustración, y lo hizo desde dos momentos diferentes:

- Desde la praxis política real, con el Despotismo Ilustrado. El objetivo era educar pasiva y autoritariamente al pueblo en aras de la virtud política, o lo que es lo mismo, el amor a la libertad, la justicia y la democracia.
- Desde el pensamiento kantiano y una nueva pedagogía por la que el pueblo llega a conocer y respetar el deber moral al llegar a la mayoría de edad.

Se trataba de fomentar la virtud política para fomentar también el amor por la democracia desde la ética personal. La tesis fundamental de la Ilustración consistía pues en el fomento de la educación para la democracia correcta. La posición ilustrada acerca de la moral puede parecer ingenua pero lo cierto es que para que se dé una democracia es preciso que haya un poco de ingenuidad para que no se convierta en una tiranía.

Dentro del campo de la política hay ámbitos que poseen una objetividad mínima independiente del valor moral que requiere la acción política. No se trata de que la política se ancle en una estricta actitud moralista sino que debe, sin eliminar el elemento moral, contemplar todos los aspectos que engloba, como la economía, por ejemplo. Se trata de la dimensión pragmática de la política, que se abre en el campo de lo social y también al de la ética. Hay entonces una cierta neutralidad moral que es independiente de la política.

Pero tanto una moralización extrema de la política como una a-moralidad de la actividad política no son adecuadas para una ética política neutral. Ambas posiciones dan lugar a lo que sería una posición de Izquierdas, utópica e idealista, anclando la política en una moralidad eficiente e interna, o a una posición de Derechas anclada en una política amoral, pragmática y cínica. Se trata de la tradicional antítesis entre la Izquierda y la Derecha políticas.

Aranguren señala que Occidente es dominado por la Derecha prácticamente en su totalidad, pero la posición extrema de la Derecha se salva al acoger mínimamente los programas de izquierdas, dando lugar a políticas como el Socialismo. La cuestión es que hay un punto de vista técnico a tener en cuenta, pero que las posiciones de derecha priorizan de manera excesiva.

Esto sólo han sido ejemplificaciones.

Capacidad crítica

Pongamos por ejemplo nuestra situación actual en España. En España el sistema de gobierno es una democracia representativa, esto es, los ciudadanos tienen derecho a votar a los que crean adecuados como representantes para gobernar el país. De hecho esto es así, pero en realidad la democracia de España no funciona.

Para que los votantes hagan un buen uso de su derecho al voto, es menester que estén bien informados a la par que bien formados. Para ello es necesario que los ciudadanos votantes tengan una capacidad crítica mínima, para tomar decisiones coherentes y enfocadas al bienestar común, no a unos intereses propios o infundados. Para ello, pues, la educación es el requisito básico.

La capacidad crítica define a cada persona tanto en su individualidad como en su identidad. Consiste en cuestionar todo lo que nos es dado yendo más allá de lo dado en sí. Quiero decir que no se trata de una “duda” en sentido cartesiano, pues tal tipo de duda es sólo de carácter metódico, esto es: dudo de todo porque no hay nada verosímil en un primer momento, pero dudo para llegar a algo verosímil en algún momento.

La duda metódica, a mi juicio, tiene dentro de sí un tipo de proceder que es en cierta manera paradójico, pues pasa de algo que en un primer momento se presenta como inverosímil a algo verosímil. Quizás pueda ser un buen método para otro tipo de críticas, pero no para el tipo de crítica al que quiero referir.

La capacidad crítica de cada persona debe ser algo más profundo. No se trata de un ejercicio “mediante”, sino que es un proceder sin fin. Una crítica que busca dudar y cuestionarlo “todo” desde sí mismo, de una manera intensa, en profundidad. Parece paradójico que siendo nuestro momento histórico un momento tan dinámico, lleno de movimiento, de cambios, de un incesante fluir de actividades, etc. sea al mismo tiempo un momento estático. No hay crítica en este sentido, lo que produce el estancamiento en el que la sociedad globalizada, Occidente, llámenlo como prefieran, se halla inmersa. Hay fluidez, más y mejores relaciones interpersonales, más facilidad de acceso a la información, nuevos avances tecnológicos. Y ciertamente todo esto es bueno, no digo que sea necesariamente malo. Lo que es realmente preocupante, o al menos digno de un momento de detenimiento, es el sopor que produce en las personas el encontrarse en una situación de tales comodidades, de tal bienestar a nivel extensivo. Es sencillamente nuestro mundo, estamos aquí y ahora, espacio-temporalmente, en el mundo, dentro de él, como parte de él, en este único sentido. No hay una conciencia de ser “habitante del mundo” porque no hay una buena base educacional en las personas, hablo en general y sintiendo cada vez más certeza de ello. Estamos en el mundo sin *estar** realmente en él. Como consecuencia de ello sucede la incapacidad crítica que envuelve a la sociedad a nivel general tanto como a nivel particular de los individuos. Cada persona pierde por ello su individualidad y su identidad creyendo que están haciendo justo lo contrario, pues en un mundo y momento histórico como éste, está todo organizado para que así sea. Por ello y por las consecuencias que conlleva en todos los ámbitos de la realidad, es muy necesaria una educación que motive una verdadera capacidad crítica en cada individuo, para que haya también un reflejo de ello a nivel social. Quizás fuese a algo así a lo que se refería Kant con el grito de *Sapere aude!** Un movimiento incesante de crítica y saber, todo lo contrario a la estaticidad acrítica que caracteriza este nuevo siglo XXI.

Es posible que sólo sea un sentimiento propio, es posible que no lo sea, pero considero que pocas veces en la historia de la humanidad se ha necesitado con tanta urgencia esta capacidad crítica tan ausente en nuestros días. No se trata de hacer una crítica para encontrar nuevas respuestas, tampoco para encontrar una solución, pues no la hay, y de haberla dudo mucho que seamos merecedores de ello. El ejercicio de la crítica es un movimiento constante y fuerte, sorprendente y abrumador. He aquí las claves de la capacidad crítica que tanto echo en falta, en primer lugar en mi misma persona. La capacidad crítica no descubre un camino, sino que nos hace estar más perdidos, y es justo ahí donde aparecen las sorpresas, la admiración, el miedo; finalmente la creación, para salir, o intentar salir menos ver de otra manera, de este sueño de la sociedad del bienestar.

Aunque para ello, a título personal y estando de acuerdo con esta idea kantiana, considero necesario, requisito indispensable, que se ejerza la libertad, no como un derecho, sino como un ejercicio necesario, fundamento originario de toda obligación autoimpuesta, como el principio real sobre el que sustentan la acción ética más allá del plano especulativo.

Libertad

José Luis López-Aranguren (1909-1996), filósofo que vivió durante un período difícil en su situación: guerra, dictadura y transición, señala que se ha de sacrificar en cierto grado la libertad en aras de esta situación más deseable, en la que la sociedad, la política y la ética se fundan en la capacidad crítica y en la libertad de los individuos. Para ello es necesario que se den ambos fundamentos. Por eso yo creo que si la base educacional es buena, se entiende bien qué es la libertad y, lejos de considerar una situación así, en la que cada persona siente el deber moral de ejercer su derecho al voto e interesarse por la política para que la ética se institucionalice en el Estado, cada persona se sentirá plenamente libre, sin coacción de ningún tipo. Estoy refiriendo a un sentido de libertad al estilo kantiano. Quizás con un ejemplo pueda ilustrar este sentido de *libertad*.

Imagínese una mañana de invierno, muy fría y lluviosa. Falta un minuto para que sean las seis de la mañana y es viernes. Alguien en su casa, en su cama, está durmiendo plácidamente al calor de mantas y calefacción acompañando su sueño con el sonido de la lluvia y el viento. Pasa un minuto. Suena el despertador para despertarse, asearse, comer algo, vestirse e ir a la universidad. Es decir, suena el puto despertador, como siempre, demasiado pronto y demasiado estridente para recordarle que tiene que ir a clase, a la universidad, a pesar de la que está cayendo en la calle, lejos de su calentito lecho de dioses. Apaga el despertador y se para un momento a pensar en las opciones que tiene. En concreto son dos y bien simples:

- 1: Levántate y ve a la universidad, pues es tu obligación.
- 2: Apago el despertador me doy la vuelta en la cama, hace un día de perros y por un día que falte a la universidad no le va a perjudicar en nada.

Ahora la pregunta: ¿Con cuál de las opciones se quedará para que podamos decir que ha actuado más libremente?

Según el concepto de libertad en este sentido kantiano que quiero mostrar en este trabajo, el sujeto en cuestión sería más libre si decidiese la primera opción. Alguien podría oponerse y argumentar que sería más libre escogiendo la segunda opción porque quizás esa fuese su voluntad, pues es de inclinación natural que dada tal situación como la del ejemplo lo natural sería escoger la segunda opción. Parece entonces que las dos opciones son válidas y la decisión sólo dependerá del punto de vista desde donde se aborde la cuestión. Es preciso justo ahora recordar las líneas en las que me baso para defender este concepto de libertad por el que sería más libre elegir la opción primera:

[...] todo ser que no puede obrar de otra suerte que bajo la idea de la libertad, es por eso mismo verdaderamente libre en sentido práctico, es decir, valen para tal ser todas las leyes que están inseparablemente unidas con la libertad, lo mismo que si su voluntad fuese definida como libre en sí misma y por modo válido en la filosofía teórica. Ahora bien; yo sostengo que a todo ser racional que tiene una voluntad debemos atribuirle necesariamente también la idea de la libertad, bajo la cual obra. Pues en tal ser pensamos una razón que es práctica, es decir, que tiene causalidad respecto de sus objetos. Mas es imposible pensar una razón que con su propia conciencia reciba respecto de sus juicios una dirección cuyo impulso proceda de alguna otra parte, pues entonces el sujeto atribuiría, no a su razón, sino a un impulso, la determinación del Juicio. Tiene que considerarse a sí misma como autora de sus principios, independientemente de ajenos influjos; por consiguiente, como razón práctica o como voluntad de un ser racional, debe considerarse a sí misma como libre; esto es, su voluntad no puede ser voluntad propia sino bajo la idea de la libertad y, por lo tanto, ha de atribuirse, en sentido práctico, a todos los seres racionales.⁶

Véase en este fragmento que Kant refiere a algo que denomina como “voluntad de un ser racional”, que debe ser “libre”. Este es el sentido de libertad al que señalo. Una libertad que es compañera de la capacidad racional del ser humano y gracias a la cual cada persona es libre de elegir o de hacer sus acciones. De este modo libre y racional cada uno elige sus actos independientemente de sus impulsos y voliciones, independientemente de su voluntad irracional, si se prefiere. Por eso se es más libre, en este sentido, eligiendo cumplir con la obligación que racionalmente ha sido elegida libremente por cada uno. Por eso aquél alguien del que hablábamos en el ejemplo sería más libre optando por cumplir con su deber de ir a clase a la universidad, pues él libremente se autoimpuso en algún momento esa obligación. Optando por quedarse en la cama durmiendo lo único que está demostrando es que es objeto de un influjo ajeno, como se dice en el texto, a su capacidad racional y por lo tanto ajeno a su libertad. No

⁶ Kant, I.: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres (Grundlegung zur Metaphysik der Sitten)* (1785) Capítulo Tercero. Trad. Manuel García Morente, 1921. Ed. Calpe, p. 36.

elige dormir porque tenga la libertad de hacerlo, sino porque está invadido por la pereza y el sueño.

Ahora bien, en nuestros días, en el mundo en el que vivimos estando en él sin *estar* en él, ¿se piensa la libertad de este modo? Fácil respuesta. Aunque por suerte me temo que en la gran variedad del género humano, y pudiendo encontrar de todo en nuestra especie, este modo de ver la libertad en sentido kantiano no es tan extraño a pesar de no estar muy extendido. La cuestión es que desde muy jóvenes y por diversas razones y medios ha ido creciendo en nuestra razón y en nuestro corazón de seres humanos un concepto, entre otros miles, de libertad que hace que por lo general caigamos en el error, con frecuencia, de pensar que la libertad consiste en hacer lo que a cada cual le dé la gana. Y si es la gana la que te da lo que tienes que hacer ¿dónde queda nuestra capacidad racional? ¿Qué nos distinguiría del resto de seres no racionales?

Luego creo que al menos en este punto, en este concepto, habría que educar o reeducar de alguna manera para que nos percatemos de cosas como ésta.

Si cada persona es educada adecuadamente, tarde o temprano sentirá que hay cosas que ha de hacer y cosas que no, fundadas sus decisiones en unos mínimos objetivos básicos, para orientar su acción y, en base a esos mínimos, y de manera totalmente libre, cumpliendo con un deber que habrá sido autoimpuesto desde su autonomía racional. He aquí una clave más que nos permitiría hablar de un camino más que nos llevaría desde la educación a la moral.

Autonomía racional

Pues todos los seres racionales están sujetos a la ley de que cada uno de ellos debe tratarse a sí mismo y tratar a todos los demás, nunca como simple medio, sino siempre al mismo tiempo como fin en sí mismo. Mas de aquí nace un enlace sistemático de los seres racionales por leyes objetivas comunes; esto es, un reino que, como esas leyes se proponen referir esos seres unos a otros como fines y medios, puede llamarse muy bien un reino de los fines (desde luego que sólo un ideal).

Un ser racional pertenece al reino de los fines como miembro de él, cuando está en él como legislador universal, pero también como sujeto a esas leyes. Pertenece al reino como jefe, cuando como legislador no está sometido a ninguna voluntad de otro.

El ser racional debe considerarse siempre como legislador en un reino de fines posible por libertad de la voluntad, ya sea como miembro, ya como jefe. Mas no puede ocupar este último puesto por sólo la máxima de su voluntad, sino nada más que cuando sea un ser totalmente independiente, sin exigencia ni limitación de una facultad adecuada a la voluntad.

La moralidad consiste, pues, en la relación de toda acción con la legislación, por la cual es posible un reino de los fines. Mas esa legislación debe hallarse en todo ser racional y poder originarse de su voluntad, cuyo principio es, pues, no hacer ninguna acción por otra máxima que ésta, a saber: que pueda ser la tal máxima una ley universal y, por tanto, que la voluntad por su máxima, pueda considerarse a sí misma

al mismo tiempo como universalmente legisladora. Si las máximas no son por su propia naturaleza necesariamente acordes con ese principio objetivo de los seres racionales universalmente legisladores, entonces la necesidad de la acción, según ese principio, llámase constricción práctica, esto es, deber. El deber no se refiere al jefe en el reino los fines, pero sí a todo miembro y a todos en igual medida.

La necesidad práctica de obrar según ese principio, es decir, el deber, no descansa en sentimientos, impulsos e inclinaciones, sino sólo en la relación de los seres racionales entre sí, en la cual la voluntad de un ser racional debe considerarse siempre al mismo tiempo como legisladora, pues si no, no podría pensarse como fin en sí mismo. La razón refiere, pues, toda máxima de la voluntad como universalmente legisladora a cualquier otra voluntad y también a cualquier acción para consigo misma, y esto no por virtud de ningún otro motivo práctico o en vista de algún provecho futuro, sino por la idea de la dignidad de un ser racional que no obedece a ninguna otra ley que aquella que él se da a sí mismo.⁷

La autonomía racional es otra de las características fundamentales y necesarias para que podamos hablar de un ser humano, de una persona en cuanto tal en un sentido moral, con capacidad crítica y haciendo pleno uso de su libertad y voluntades racionales.

Podría decirse que es el resultado de la mezcla entre la capacidad crítica y la libertad. Aunque realmente considero de manera personal que estos tres conceptos se co-pertenecen radicalmente, esto es, que son fundamento unos de otros, se hallan en una relación de co-generación. Pues me resulta muy difícil imaginar a una persona en la que habiendo una, incluso dos, de estas capacidades, no se den las restantes.

La autonomía racional consiste básicamente en la capacidad que tiene el sujeto racional de ser autónomo, esto es, de ser capaz de darse a sí mismo y *motu proprio* unas máximas, unos deberes, obligaciones, unas leyes que, en definitiva, se proponga cumplir. Es el poder de la autoimposición de aquello que sentimos el deber de cumplir por sí mismo. Y esto es así porque esas leyes, estas obligaciones autoimpuestas nacen directamente del ejercicio de la razón de cada uno. Y estando totalmente de acuerdo con las palabras de Kant, afirmo con él, que no hay mayor dignidad que la de ser capaz de ser autónomo en este sentido.

Es por esto mismo que considero que ninguna persona debería sentir compasión por ninguna otra, ni pena, ni lástima, pues de hacerlo se estaría considerando a la persona sobre la que recaen tan tristes sentimientos como indigna. Considerar que alguien es merecedor de compasión (que no de ayuda) es tacharlo de no ser una persona autónoma. Tanto más grave o peor es cuando la compasión se siente hacia uno mismo. Y es muchísimo peor aún cuando ésta es la tónica del día a día en que vivimos. Pues, ¿de qué manera si no es considerándonos merecedores de compasión, podríamos explicar esta deshonrosa situación en la que estamos inmersos? ¿Acaso en Occidente, en este mundo globalizado, no nos lo tienen que dar todo o casi todo hecho? Recuerden que seguimos en la sociedad del bienestar y que la crisis se va a acabar muy pronto. O eso dicen.

⁷ Kant, I.: Op. Cit. Capítulo Segundo.

Póngase usted una meta, una obligación, e intente ser consecuente con ella, y con sus actos en acuerdo con lo que ha decidido hacer de manera libre y totalmente autónoma. Entonces verá que ha elegido eso y no otra cosa haciendo un ejercicio crítico para consigo mismo, para con sus actos, para cómo afectan en su vida y en la vida de los demás. Parece que la vida de los demás no tiene porqué ser necesariamente un punto angular sobre el que apoyar en alguna medida la reflexión, pero ciertamente de no ser así mucho me temo que estaríamos cerca de un desastre social al que real y desafortunadamente a veces nos acercamos por otro tipo de asuntos. La cuestión es que en el fondo, mediante la crítica, podemos ver cada uno lo que somos, juzgar lo que hacemos, a título personal. Pero también podemos ver y notar que el resto de personas no son más que un reflejo de lo que yo soy, y viceversa. Porque no son sólo “otros que no son yo”, sino que además son “otros que *son* como yo”. Y en tanto que esto último, podemos entender que tienen, que son, o que lo puedan tener o ser, libertad, derechos, deberes y obligaciones, voliciones, voluntad, capacidad crítica y autonomía racional, igual que ese *yo*, del que ahora mismo me estoy extrañando.

En terminología kantiana, son fines. Cada persona es un fin en sí misma. Y ahí se encuentra uno de los más fuertes puntos de apoyo sobre el que sostener las posibles decisiones que se tomen de manera autónoma y racional para con uno mismo, para con las acciones y para con los demás. ¿Acaso se ha olvidado esto?

Dignidad

No creo que se haya olvidado totalmente. Pero sí creo que ha cambiado la perspectiva y la dirección del sentido de estas cuestiones. No prendo decir que nuestros días deban de ser como los días de la Ilustración, pues somos cada uno hijos de nuestro tiempo y eso es algo que no se puede cambiar. Pero viendo los problemas de la situación actual, a todos los niveles en los que se pueden encontrar problemas, considero que la base en la que deberíamos detenernos un momento no se trata sino de una cuestión de moral y de educación. Tampoco deberá entenderse el uso de esta palabra, tan arcaica y retrógrada, en un sentido religioso, pues mucho me temo que la tradición lo ha tintado de prejuicios tales que incluso únicamente al oído la palabra “moral” no tiene por menos que traernos un cura a la imaginación. Nada más lejos de lo que quiero referir en este trabajo.

Sucede lo mismo muchas veces, sobre todo en el plano académico, al mencionar autores que se han atrevido a hablar de estas cuestiones tan abiertamente, llegando a tacharlos desde aburridos hasta dogmáticos y autoritarios. Tales comentarios pueden ser más o menos acertados, pero quizás haya que pararse un poco a leer y a pensar sobre aquello que tanto se critica antes de hablar palabras huecas sin saber lo que se dice.

Kant, en la *Crítica de la razón práctica*, está revelando y exaltando la dignidad humana defendiéndola por encima de todas las cosas a partir de la libertad. En nuestros días esto suena muy extraño, muy enigmático, en un mundo como este, tan conocido y tan desencantado. Ya hemos pasado por el nihilismo, por el antihumanismo, nos encontramos en una era de posmodernidad en la que hablar de un mínimo objetivo

como fundamento para defender la dignidad de las personas carece de sentido. ¿Por qué? Aquí nadie pretende decir qué es lo bueno y qué es lo malo, no hay una pretensión de definir ese mínimo objetivo porque además se está defendiendo la potencia de la que es capaz la capacidad crítica y la autonomía racional de cada ser humano, siendo éstas las herramientas suficientes para comprender que la vida de un ser humano es un fin en sí misma. En la diferencia que nos caracteriza, y dentro de la diferencia del mundo en que nos encontramos inmersos, habitando este mundo, es cada cual el que ha de hacer uso de estas potencialidades.

Lo excelso de cada persona es su dignidad y haciendo un poco más de fuerza, su honor en un sentido heroico. Pues es ahí exactamente lo que nos hace diferentes del resto de seres en este mundo. Podemos crear desde nosotros mismos, siendo dignos y respetando la dignidad de los demás. *Estando* realmente en el mundo, ser valientes y comprender que lo meramente dado, este mundo de bienestar tan organizado, tan simple, tan fácil, no es más que algo que hemos puesto nosotros los seres humanos ahí, delante nuestra. El problema está en que nos hemos convertido en seres que no saben o no quieren ver más allá de lo que los ojos ven, y mucho me temo que se deba al poder que ejercen sobre nuestra naturaleza volitiva, pues no dejamos de tener voluntades irracionales, cierto tipo de intereses que, siendo creados por nosotros mismos a lo largo de la historia, ahora configuran desde hace un tiempo una nueva naturaleza de ser humano que en muchas ocasiones hace que no merezcamos ni el título de seres tales.

Seguramente no sea algo extendido sobre la totalidad de las personas habitantes de este mundo, pero sí que está lo suficientemente extendido como para generar una cierta preocupación. ¿Qué valor tiene hoy la vida de una persona, en todas sus dimensiones, frente a la lógica utilitarista impuesta y asumida tan profundamente?

He llegado a plantearme esta cuestión en ambas direcciones, tanto desde el plano social como desde el plano individual, y ambas respuestas me resultan preocupantes.

Desde el plano social no tiene mucho sentido preocuparse por la vida de una persona en concreto cuando en el marco general de una mayoría satisfecha impera el bienestar (aunque éste sea ficticio). Y desde el plano individual lo natural es un sentimiento egoísta hacia el propio bienestar o felicidad de cada cual. Sí, ciertamente hay empatía, hay asociaciones y buena voluntad, pero finalmente la recompensa si no es material es espiritual, para sentirse uno bien consigo mismo.

He de señalar de nuevo que esto no creo (y espero que no) que se dé en todos y cada uno de los ciudadanos de este planeta.

Creación de una regla *sin regla*

Se ve entonces que parece que no tiene sentido preguntarse qué sea la dignidad de las personas si ni si quiera se ha desarrollado ese mínimo respeto por lo que nos sustenta en primera instancia como seres vivos y como seres racionales: la vida. Los valores, los derechos y los deberes son cosas que van *después*. Son cosas creadas por los seres humanos, y en tanto que es así, deberán de estar en un constante movimiento de

creación por parte nuestra. Por eso tiene y no tiene sentido hablar de un mínimo objetivo común a todos los seres racionales. Es en la Crítica del Juicio, otra vez mentando a Kant, en donde quizás pueda verse más claramente a qué quiero referirme:

*He aquí las máximas de la inteligencia común, que no forman parte ciertamente de la crítica del gusto, pero que pueden servir de explicación a sus principios: 1.º, pensar por sí mismo; 2.º, pensar en sí, colocándose en el puesto de otro; 3.º, pensar de manera que se esté siempre de acuerdo consigo mismo. La primera es la máxima de un espíritu libre de prejuicios; la segunda, la de un espíritu extensivo; la tercera, la de un espíritu consecuente.*⁸

Tenemos en común nuestra potencialidad racional, nuestra *inteligencia común*, y cada uno la ejercerá, si quiere, de manera distinta, no tiene por qué ser sometida a ningún esquema de pensamiento externamente impuesto, pues no sería ni libre ni autónoma.

Todas estas afirmaciones recuerdan quizás a un pensamiento que no queda tan lejos en el tiempo como el pensamiento kantiano. Estoy refiriendo al pensamiento de Merleau Ponty en concreto a ciertos conceptos que aparecen y son explicados en su *Fenomenología de la percepción*.

*[...] mis pensamientos adquiridos no son un fondo absoluto, se nutren a cada momento de mi pensamiento presente, me ofrecen un sentido, que yo les devuelvo. En realidad nuestro fondo disponible expresa a cada momento la energía de nuestra conciencia presente. Ora se debilita, como en la fatiga, y entonces mi “mundo” de pensamiento se empobrece y se reduce incluso a una o dos ideas obsesivas; ora, por el contrario, me entrego a todos mis pensamientos, y cada palabra que se dice delante de mí hace germinar problemas, ideas, reagrupa y reorganiza el panorama mental y se ofrece con una fisionomía precisa.*⁹

*[...] el cuerpo tiene que devenir, en último término, el pensamiento o la intención que nos significa.*¹⁰

*El mundo está ya constituido, pero nunca completamente constituido. [...] Nunca hay, pues, determinismo, ni jamás opción absoluta, nunca soy cosa un nunca conciencia desnuda [...] y en este intercambio entre la situación y el que la asume, es imposible delimitar “la parte de situación” y “la parte de libertad”.*¹¹

De esto es de lo que se trata. De ver que hay pensamientos que se adquieren y pensamientos que “nacen”, constantemente y a los que les damos un sentido y por los que podemos orientar nuestras acciones. Este sería, a mi juicio, un gran fundamento para una moral digna y para una acción ética real. Pues naturalmente tenemos también

⁸ Kant, I.: *Crítica del juicio (Kritik der Urteilskraft)* (1790). Trad. de Manuel García Morente, Madrid, Espasa-Calpe, 1999

⁹ Merleau-Ponty, M.: *Fenomenología de la percepción* (1945), Barcelona, Península, 1975, p.147

¹⁰ Ídem. P. 214.

¹¹ Ídem. P. 460.

un cuerpo, esta dimensión físico-biológica que también nos constituye y gracias a la cual tenemos este sustento físico en el mundo en que vivimos. Ahora bien, no se trata sólo de vivir en el mundo, sino de habitarlo, como estando en él, como siendo en él, parte de él. Sin establecer y sin dejar que nos establezcan unos límites sobre qué es el mundo o qué no es, qué se debe hacer y qué no se debe hacer. Porque para eso se ha de llevar a cabo el uso de nuestra autonomía racional y una progresiva autoconstitución para con nosotros mismos y para el resto del mundo en todos los ámbitos de ésta nuestra vida. Todo esto, qué lejos está de nuestros días. No hay “pensamiento naciente”, ni “palabra hablante”. Está todo constituido y lo hemos aceptado sin cuestionar. Esto es lo que considero que ha de cambiar para que realmente se dé una verdadera revolución a la precaria situación a nivel moral y que irradia a todos los segmentos de la vida del ser humano, tanto individual como socialmente, en la que nos encontramos actualmente.

Realidad y cambio

Pero dada nuestra situación estática este pensamiento no deja de parecer utópico.

Aunque lo cierto es que se necesita un cambio, y ese cambio debe empezar desde los cimientos, desde la educación. Fundamento básico de todo ser humano, para su ser y para su acción. La moral individual puede ser fundamento de una moral social, aunque insuficiente. La moral política sí basta para fundamentar una moral social, inyectando el germen de la necesidad ético-política en los individuos y en la sociedad. Hace falta un cambio empezando por una educación que nos enseñe a pensar, a crear, no sólo a obedecer sin cuestionar. Es una necesidad tan humana relegada a un segundo plano y que ha de ser traída a primera línea de juego mediante una reconsideración de en qué consiste una verdadera educación.

*[...] mientras somos, todos nosotros tenemos todavía necesidad de una educación del pensar, e incluso necesitamos, antes de esto, saber lo que puede querer o no decir, en el terreno del pensar, educación.*¹²

De la educación a la moral

El objetivo de todo este intento aclaratorio de conceptos anterior es mostrar que el objetivo de este trabajo no incurre en una falacia naturalista. No es mi intención mostrar aquí que hay cosas que por lo que son “deban” ser de tal o cual modo. Espero que esto no cause ningún problema.

Ahora bien, trataré la cuestión sobre qué consiste y qué es la educación.

Normalmente, o al menos con cierta frecuencia, se ha confundido la educación con la formación académica. Nada más lejos de la realidad. Lo cierto es que la educación es una labor infinita, orientada hacia una persona y desde ella misma hacia las que le

¹² Sartre, J. P., Heidegger, M. y AA.VV.: “El final de la filosofía y la tarea del pensar”, en *Kierkegaard vivo*, Alianza Ed., Madrid, 1968, p. 151.

rodean. Es una actividad que no cesa, que es progresiva, no estática. Que sirve tanto a nivel individual como social y que ha de ser correctamente ejercida y comprendida.

En el resumen al inicio de este trabajo expuse la idea de base sobre la que giran todas estas palabras diciendo que se ha de *in-yectar*¹³ la necesidad ético-política en los individuos de la sociedad, y en la sociedad misma, con el fin de que se *e-yecte*¹⁴, de adentro hacia afuera, viendo reflejado en actos lo que una actitud ética autónoma y crítica es capaz de crear. Considero firmemente que en esto consiste una verdadera educación.

*Porque ocurre que cuando la Naturaleza ha logrado desarrollar bajo esta dura cáscara esa semilla que cuida con máxima ternura, a saber, la inclinación y oficio del libre pensar, el hecho repercute poco a poco en el sentir del pueblo (con lo cual éste se va haciendo cada vez más capaz de la libertad de obrar) y hasta en los principios del Gobierno, que encuentra ya compatible dar al hombre, que es algo más que una máquina, un trato digno de él.*¹⁵

De esta manera mediante la educación cada persona sentiría dentro de sí misma ciertas obligaciones y deberes morales, para consigo misma y para con los demás, tanto a un nivel de una ética individual como social. Generándose de este modo una ética de la alteridad y haciendo posible una ética de la aliedad que tomaría forma en el Estado. Y siempre desde esta perspectiva de apertura al cambio mediante el ejercicio crítico y orientado siempre hacia el mejor de todos los fines. La moral individual como producto siempre inacabado y naciente en el conjunto de los ciudadanos, para generar una auténtica moral política fundamentadora de una ética social. Y el inicio de esta ética, moralidad y, finalmente, en el aspecto político, estaría la educación.

Preguntarse por cuál o cómo deba ser el método adecuado para llevar a cabo esta educación carece de sentido, pues estaríamos cerrando y limitando a unas pautas preestablecidas algo que por sí mismo es inacabado y moldeable. Por eso la educación tal y como la entendemos hoy en día, a nivel general de confusión entre educación y formación académica (sin restar un ápice de valor a ésta última), está tan deteriorada. Y esto es algo que nos está afectando directamente y por lo que en primera instancia y como consecuencia directa, la moral también está en franco declive o, sintiendo una profunda sospecha, desaparecida.

No se puede aportar o presentar más solución que la de motivar al pensamiento propio y crítico de cada uno, motivar a saber, a conocer, en toda su amplitud, más allá de los límites que nos han impuesto y en los que nos encontramos. Educar es enseñar a sentir la necesidad de pensar de esta manera imperiosa y crítica. Es una cuestión de actitud, no

¹³ Nota aclaratoria: *In-yectar* en el sentido latino del verbo inicio, -ieci, iectum, de inspirar y promover. (Definición del Diccionario Ilustrado de Latín Vox, Spes Editorial, S. L., 2005).

¹⁴ Nota aclaratoria: *E-yectar* en el sentido de impulsar con fuerza hacia fuera mediante un mecanismo automático. [Aunque en este caso más que automático cabría decirlo como autónomo en el sentido que venimos tratando a lo largo del texto]. (Definición de la RAE).

¹⁵ Kant, I.: “¿Qué es la Ilustración?”, en *Filosofía de la Historia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2000, 25-37. Foro de educación, n.º 11, 2009, pp. 249-254. P. 249.

de aptitud. Sentir la necesidad de ser nosotros mismos y ejercer nuestro juicio de manera propia tomando decisiones autónomas y libres para poder vivir, habitar, de manera digna y honorable con nosotros mismos y hacia todo lo demás que queda más allá de los límites del cuerpo. Aunque suene utópico, irreal, imposible. Es probable que mostrar una actitud negativa ante este pensamiento sea el resultado del velo de bienestar tan cándido, tan cálido, en que nos ha envuelto nuestro tiempo. Somos hijos de nuestro tiempo, está claro, pero eso no tiene por qué convertirnos a todos en sumisos de nuestro tiempo.

*Todos los fenómenos de una época son hermanos uterinos, aunque sean hermanos enemigos. Y es preciso explorar hasta que hallemos su común cuenta maternal.*¹⁶

Una última reflexión

Volvamos al ejemplo propuesto hace algunas páginas, sobre la situación actual en la que nos encontramos en España. Estamos en el año 2013, España forma parte de la Unión Europea su sistema de gobierno consiste en una monarquía parlamentaria basada en una democracia. O más bien diríamos en un triste intento de democracia.

Las personas que nos gobiernan, si es que merecen ser llamadas personas, han sido elegidas de manera democrática por sufragio universal. Así que no parece legítimo que algunas personas no estemos tan contentos o satisfechos de que nos gobiernen. Lo cierto es que personalmente yo no fui a votar porque no me creo nada de este sistema. No creo que la democracia funcione en un país como éste en el que siempre o casi siempre nos han dado las cuestiones de política ya hechas y sin posibilidad de cuestionar.

Es cierto, España siempre ha sido gobernada por monarcas y la iglesia, hasta que llegó la dictadura, en la que el monarca pasó a ser un caudillo y la iglesia siguió siendo la iglesia (no refiero a la religión, que es cosa bien distinta). Los españoles siempre tuvimos todo dispuesto, nos gustase más o menos era lo que había y había que amoldarse o exiliarse, cuando no intentar luchar y morir en el intento. Es nuestra historia en lo que a política respecta. Sucede entonces que un día llega la democracia tal y como la conocemos ahora mismo y todo el mundo tiene derecho a elegir mediante su voto a quién quiere que gobierne el país. Pero tener un derecho no significa que se sepa ejercer correctamente. ¿De qué manera se elige a un líder político si siempre ha sido impuesto sin contar con la opinión del pueblo? ¿Cómo elige un pueblo desinformado? ¿Cuáles son los criterios de elección de un individuo en tales circunstancias? ¿Es posible una actitud crítica en tales circunstancias de desinformación?

Y actualmente, a pesar de que han pasado algunos años desde que naciera nuestra democracia, seguimos en una tesitura parecida. Si el partido A ejerce un gobierno que no nos gusta, en términos mayoritarios, la mayoría votará al partido B. Y viceversa si tal sucediese. Sin contemplar la existencia de otro montón de opciones políticas o la

¹⁶ Ortega y Gasset, J.: “Sobre el fascismo” (1925), en *El espectador (Antología)*. Ed. Biblioteca fundamental de nuestro tiempo, 1984, p. 105.

posibilidad de un cambio estructural del sistema tras comprobar reiteradamente que, en efecto, termina fallando. Pero es más cómodo, más sencillo, optar por la opción fácil. Por la opción de no preocuparse demasiado por las cosas que no conciernen directamente a lo personal. Por la opción de no pensar demasiado.

No sabemos elegir porque no sabemos informarnos. La información no es algo que nos sea únicamente dado, hay que buscarla también, y juzgar, ser críticos, para crear autónomamente las decisiones que orientarán nuestra vida. Pero claro, para ello hay que estar en una actitud muy diferente a la que estamos acostumbrados en general. Normalmente nos acogemos a lo que tenemos, a una o dos ideas fijas que tenemos por convicción y bandera de nuestras vidas, creyendo que lo que queda más allá de ellas ni siquiera es digno de un momento de detenimiento. Y esto es llevado a cabo fuera de la dimensión política del ser humano, tanto individualmente como en sociedad. Es mucho más sencillo vivir en esta sociedad de bienestar, creyendo que la ficción es real, porque realmente lo parece. Así lo hemos dispuesto.

Nos preocupa mucho la guerra que hay en cualquier parte, sentimos pena cuando pensamos en todas aquellas personas que estando a miles de kilómetros de distancia se están muriendo de hambre, sentimos rabia cuando vemos por el telediario que han desahuciado a otra familia que no puede pagar la hipoteca, que hay recortes en sanidad y en educación, que un montón de cosas más. Son preocupaciones legítimas en este plano superficial, pues es natural que se despierten en nosotros sentimientos de este estilo al contemplar tales situaciones y empatizar aunque sea mínimamente. Pero no hay un sentimiento arraigado, no hay una empatía real. Es decir, que son preocupaciones momentáneas. No hay y si la hay es mínima, una moral real. Igual que con las elecciones, son preocupaciones que duran como mucho un mes y como poco cinco minutos antes de pasar a las urnas. Se esfuman al momento de regresar a lo ocioso de nuestra ajetreada vida llena de cosas vacías. Las cosas importantes, aquello que de entenderlo despertaría en lo más profundo de nuestro ser sentimientos cuanto menos abominables, admirables, magníficos, queda oculto y olvidado porque no interesa. No nos interesa porque no tiene un para qué útil, en un sentido utilitarista muy peyorativo y alusivo de nuestras sociedades.

Si tuviésemos el valor de aprender a pensar por nosotros mismos y comprender todo aquello que nos está siendo vetado en primer lugar por nosotros mismos comprenderíamos que la moral es algo muy honorable y lo que nos hace dignos de ser llamados seres humanos. No somos merecedores de la felicidad, y para ser merecedores de una vida digna primero debemos luchar por ella. En primer lugar despertando, en segundo lugar, dándonos cuenta y actuando de manera acorde y consecuente con nuestra capacidad crítica y libre autonomía moral, posibilitadoras de un contenido moral en nuestras vidas que nos atraviesa llevándonos a actuar según las demandas que nos hace la vida y el mundo *en* el que vivimos. La educación en el sentido que he presentado en el apartado anterior habrá de ayudarnos a despertar, y el resto es un acto progresivo, infinito y cosa de cada uno. La educación ha de ser entendida en este sentido como algo cualitativo y no meramente cuantitativo, basada en las relaciones interpersonales y en el fomento de una actitud crítica a lo largo de la vida.

El contenido de la moral puede, en épocas de inseguridad y transición tornarse cuestionable. Lo que al hombre verdaderamente moral nada ni nadie le puede arrebatar es la actitud ética. Si las actitudes, como las asignaturas, pudieran enseñarse, ésta es la lección que yo habría querido explicar, antes desde la cátedra, ahora fuera de ella. Evidentemente, el caso de las actitudes es muy diferente del de las asignaturas. Creo, sin embargo, que, de algún modo más existencial que el académico, pueden enseñarse. En un curso que no es semestral o anual, sino el de la vida misma.¹⁷

Y en este momento más que nunca, en el que parece que la educación está dejando de existir, si no lo ha hecho ya, con tanta puta reforma a favor de los dictados del mercado laboral, por otra parte bastante contradictorio también. Pues nos estamos precipitando vertiginosamente hacia una decadencia intelectual y moral que sospecho que está siendo el germen de algo que espero que no tarde mucho en suceder.

No basta con ladrar sin morder, y no se puede morder con bozal.

Así que ya sabemos por dónde empezar.

Adelante.

Saray F. G

¹⁷ López-Aranguren, J. L.: *Propuestas morales* (1983), en *Obras completas* vol. 2, 1995, cit., p. 604.

Bibliografía utilizada

- López-Aranguren, J. L.: *Ética y política* (1963), Capítulo IX. *Ética de la alteridad*. Editorial Guadarrama, Madrid, 1968.
- López-Aranguren, J. L.: *Propuestas morales* (1983), en Obras Completas vol. 2, 1995.
- Kant, I.: *Pedagogía (Pädagogik. Herausgegeben von D. Friedrich Theodor Rink)* (1803). Trad. de L. Luzuriaga y J.L. Pascual, Madrid, Akal, 1983. Texto en línea en www.philosophia.cl, *Escuela de Filosofía Universidad ARCIS*.
- Kant, I.: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres (Grundlegung zur Metaphysik der Sitten)* (1785) Capítulo Tercero. Trad. Manuel García Morente, 1921. Ed. Calpe.
- Kant, I.: *Crítica de la razón práctica (Kritik der praktischen Vernunft)* (1788). Trad. De Emilio Miñana y Villagrasa y Manuel García Morente. Prólogo de José Luis Villacañas. Colección Opera Mundi dirigida por Emilio Lledó en colaboración con Miguel Ángel Granada, de Círculo de Lectores, 1995.
- Kant, I.: *Crítica del juicio (Kritik der Urteilkraft)* (1790). Trad. de Manuel García Morente, Madrid, Espasa-Calpe, 1999.
- Kant, I.: “¿Qué es la Ilustración?”, en *Filosofía de la Historia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2000, 25-37. Foro de educación, n.º 11, 2009, pp. 249-254.
- Merleau-Ponty, M.: *Fenomenología de la percepción* (1945), Barcelona, Península, 1975.
- Ortega y Gasset, J.: “Sobre el fascismo” (1925), en *El espectador (Antología)*. Ed. Biblioteca fundamental de nuestro tiempo, 1984.
- Sáez Rueda, L.: “El malestar en la sociedad estacionaria” y “Logos: *ingenium*”, en *Ser errático. Una ontología crítica de la sociedad*. Ed. Trotta, 2009.
- Sartre, J. P., Heidegger, M. y AA.VV.: *Kierkegaard vivo*, “El final de la filosofía y la tarea del pensar”. Alianza Ed., Madrid, 1968.
- Wikipedia, La enciclopedia libre, 2013. Disponible en línea en <http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Globalizaci%C3%B3n&oldid=66443310>
